

Autor: Alfredo Adrián Lévano Poma
Producto: Cuento

La mancha

Al fin había llegado el gran día, Andy estaba muy emocionado. Estuvo una semana entera tachando fechas en su calendario esperando que sea martes para ir a su nueva escuela. Extrañaba a sus antiguos compañeros, pero su mamá le dijo que ahora iba a conocer más chicos con los que jugar y su papá le contó que fue ahí donde conoció a su mejor amigo. Fue difícil, pero los esfuerzos de sus padres por darle una mejor educación dieron frutos. Las cosas estaban mejorando.

Era un día especial, así que su mamá le preparó su desayuno favorito. Mientras desayunaba, imaginaba cómo sería su nuevo colegio, los partidos de fútbol y cuántos nuevos amigos tendría. Cuando terminó, subió al carro de sus padres para ir al colegio. Una vez ahí, se detuvieron en la oficina de la directora Sara, quien los estaba esperando. Mientras les expresaba su felicidad porque matricularon a Andy a pesar de que las clases ya habían empezado una semana antes, llegó el profesor José, el tutor del salón de Andy y profesor de inglés, se presentó y les garantizó que su salón era uno de los más tranquilos.

—Los chicos de segundo grado son muy amigos —afirmó el profesor José—. Estoy seguro de que su hijo se adaptará muy bien a este nuevo grupo.

—Nos alegra saberlo —dijo la mamá de Andy.

Antes de irse a su salón, sus padres lo abrazaron y se despidieron de él.

—Te queremos mucho, hijo —dijo su mamá—. Cuídate mucho y juega con cuidado.

—Nos vemos más tarde, campeón —dijo su papá—. Haz muchos amigos.

El profesor José llevó a Andy a su salón. Mientras caminaban por el pasillo, Andy pensaba que la escuela era muy bonita. A diferencia de su antigua escuela, esta era grande, estaba ordenada, tenía más salones y su patio era amplio. Una vez en el salón, el profesor José lo presentó a sus demás compañeros.

—Chicos, él es Andy —dijo—. Él es su nuevo compañero, denle la bienvenida.

—Hola Andy —dijeron todo al unísono.

—Siéntate aquí —le indicó el profesor José mientras señalaba una carpeta que estaba en la segunda fila a la izquierda.

Andy se sentó. Inmediatamente, llegó la profesora Roxana para empezar con la clase de matemáticas. Cuando llegó el primer recreo, Andy aprovechó el momento para poder saludar a sus veinticuatro nuevos compañeros. Cuando jugaba a las canicas con Aitana, Celeste y Giuseppe, se percató que había un chico solo. Era Raúl. Andy quería invitarlo a jugar, pero en ese momento llegó la auxiliar, quien hizo que regresen a sus aulas.

En las clases siguientes, miraba a Raúl ocasionalmente. No estaba atento, se dormía por momentos y no hablaba, los demás se reían de él. Andy pensó que estaría más alegre si jugaba con él, por lo que quiso invitarlo en el segundo recreo. Cuando estaba a punto de hacerlo, lo detuvo Giuseppe.

—No le hables —dijo.

—¿Por qué? —dijo Andy confundido. No entendía por qué Giuseppe le dijo eso.

—Él es el manchado. No les hables o serás como él —dijo—. No se acerquen a él.

Todos sabían a qué se refería Giuseppe, pero no le explicaron a Andy, quien seguía sin entender. Todos se alejaron de él y empezaron a jugar a las escondidas. Como él también quería jugar, se unió a ellos, pero la duda no salía de su mente: el resto del día

continuó preguntándose porqué todos los chicos no querían a Raúl, por lo que decidió preguntarle de nuevo a Giuseppe en la salida. Para su sorpresa, ya se había ido cuando se quiso acercar y no pudo hablarle. En ese momento, llegaron los padres de Andy a recogerlo, lo estaban esperando con los brazos abiertos.

–¿Qué tal estuvo tu primer día, hijo? –dijo su madre.

–Bien, he hecho muchos amigos y la profesora me felicitó por participar en clase.

–Muy bien, hijo –dijo su padre y le dio una palmada en la espalda–. Cuéntanos más en casa mientras comemos pollo a la brasa.

–¡Sí, vamos! –respondió Andy entusiasmadamente.

Los tres caminaron rápidamente y subieron al taxi que los esperaba. Su papá se sentó en el asiento del copiloto, él se sentó en la parte de atrás junto a su mamá y se quedó dormido en su regazo. Cuando llegaron a casa, Andy recordó que su papá había estudiado ahí, por lo que pensó en preguntarle por qué los otros niños le decían manchado a Raúl. No obstante, sus primos llegaron de visita para comer y jugar con él. Andy terminó olvidándose de la pregunta, fue al momento de irse a dormir cuando la recordó, pero como ya estaba muy cansado decidió que mejor preguntaba mañana.

A la mañana siguiente, su papá no estaba cuando él se despertó, había ido a hacer un trámite en el banco. Quiso preguntarle a su mamá, pero ya se hacía tarde para llegar al colegio, así que decidió que mejor le preguntaría a Giuseppe. Para su mala suerte, su amigo no fue al colegio porque estaba enfermo. Entonces, decidió preguntarles a los demás chicos en el recreo, grande fue su sorpresa cuando le respondieron que tampoco sabían. Cada vez se sentía más confundido.

–El único que sabe es Giuseppe –le dijo Aitana.

–¿Y cómo sabe él? –replicó.

–No lo sé. El primer día de clases nos advirtió a todos uno por uno que no nos juntemos con él. Lo único que nos ha dicho es que la ciencia dice que las personas como Raúl son malas –explicó Aitana.

–Debe ser un secreto científico –dijo sorprendido.

Había acabado el recreo, así que se le ocurrió la idea de preguntarle a la profesora Emilia en el segundo recreo ya que ella le enseñaba ciencias. Llegado el momento, ella estaba en una reunión de maestros, pero salió para recoger unos documentos. Andy aprovechó y se le acercó diciendo que quería hacerle una pregunta.

–Estoy un poco ocupada, pero dime ¿qué quieres preguntarme? –dijo la profesora.

–Lo que pasa es que he visto que mis amigos dicen que no se juntan con Raúl porque está manchado –dijo Andy– ¿Sabe qué es eso?

–Supongo que tenía suciedad en su ropa –respondió la profesora.

–No, estaba limpio –dijo Andy–. Giuseppe dice que la ciencia dice eso. Como usted nos enseña ciencia pensé que podía saberlo.

–No, Andy. No sé a qué se refiere, pero lo averiguaré –respondió preocupada.

–Está bien, gracias.

La profesora Emilia siguió su camino, recogió lo que buscaba y regresó a su reunión. Al principio no iba a decir nada, pero tenía la impresión de que pasaba algo malo.

–¿Han notado algo raro en Raúl, uno de los nuevos de segundo grado? –preguntó.

–Sí, lo veo alejado –respondió el profesor José– Pienso que es porque es tímido.

–Justo de eso quería hablar –dijo la profesora Roxana–. Hoy lo vi llorando en el primer recreo, estaba triste. Todos estaban jugando sin él.

–Me pareció ver a dos niñas reírse de él –respondió el profesor José–. Pero no pude hacer nada porque estaba apurado, tenía reunión con un padre de familia.

–Ahora se me acercó Andy y me dijo que los chicos le decían manchado– dijo la profesora Emilia–. Me parece que están molestando a Raúl por su color de piel. Sería bueno que hables con él en la salida, José, tú eres su tutor.

–Lo haré –dijo el profesor José.

Llegada la hora de la salida, Andy seguía con su duda. Cuando llegaron sus padres a recogerlo, todos se estaban yendo, menos Raúl: el profesor lo había llamado para hablar con él mientras su madre esperaba. A pesar de que hizo un esfuerzo, no pudo escuchar de qué estaban hablando. Ciertamente, nunca se imaginó qué estaba pasando: el profesor José vio a Raúl triste y decidió hablar con él. Fue difícil, pero, Raúl le dijo que todos se habían puesto de acuerdo para no hablarle porque Giuseppe dijo que él estaba manchado. Con esta información, el profesor le dijo a Raúl que esperara fuera del salón mientras hacía pasar a su mamá. Él le explicó todo.

–Lamento mucho esta situación –dijo el profesor–. Es un descuido de nuestra parte. Como Raúl es nuevo en esta escuela, pensábamos que aún estaba adaptándose, no creíamos que otro chico nuevo como Giuseppe lo estaba tratando así.

–No solo él –dijo la madre–. Él empezó y todos lo siguieron, usted me lo ha dicho.

–Tiene razón –respondió–. Tomaremos acción para solucionar esto.

Acto seguido, el profesor hizo pasar a Raúl. Su madre le dijo que el profesor le había contado todo. Ella lo abrazó.

–Todo estará mejor hijo –dijo–. ¿Por qué no me dijiste nada?

–Por miedo –dijo Raúl.

–No tienes que callar, Raúl –dijo el profesor–. Siempre que suceda algo así contigo o cualquiera de tus compañeros, cuéntanos a tus profesores. Estamos aquí para todos.

Raúl asintió con la cabeza y abrazó a su mamá. Se notaba más calmado, como si se hubiera quitado un peso de encima. Procedieron a despedirse del profesor, quien les dijo que hablaría con los padres de Giuseppe. Afortunadamente, había citado al padre de Giuseppe para hablar con él sobre su desempeño en el colegio.

–Señor, tengo que hablarle de la conducta de su hijo –dijo el profesor–. Raúl, un compañero suyo, dice que Giuseppe les dijo a los demás chicos que no se junten con él. Hace un rato he hablado con él y su madre por ese incidente y nos ha contado que le llaman “manchado”. Raúl es un chico de tez morena, así que no hay duda de que está siendo discriminado por su color de piel. Nosotros hemos advertido esta situación hoy, por eso, quiero preguntarle, ¿ha notado algún comportamiento de su hijo que sea similar a lo que le menciono?

–Me apena saber eso –dijo el padre de Giuseppe–. No he hablado mucho con él en estos días porque el trabajo me ha tenido muy ocupado, pero creo que sé qué puede estar pasando. Hace dos días me pareció escuchar un insulto racista en un video que él estaba viendo. Cuando llegue a casa hablaré con él y revisaré su celular.

–Me parece bien –respondió el profesor–. En esta escuela queremos generar un ambiente abierto, amigable y tolerable para todos los chicos para que sean libres de

desarrollar su personalidad, descubran sus capacidades, aprendan y crezcan felices y sanos. Por eso, para nosotros es muy importante el respeto. Si vuelve a suceder algo así, nos contactaremos otra vez con usted, pero siéntase en la libertad de recurrir a nosotros si piensa que su hijo puede estar siendo víctima de una situación similar.

El padre de Giuseppe se despidió dándole la mano. En casa, revisó el celular de su hijo y vio que había un video en YouTube que denigraba a las personas afrodescendientes camuflando insultos con una supuesta información científica. Al ver esto, borró el video del historial y le explicó a su hijo que lo que decía ese video era falso y que no está bien tratar mal a una persona por su color de piel.

Al día siguiente, Giuseppe se acercó con su padre a hablar con el profesor José. Giuseppe se disculpó y dijo que no lo volvería a hacer. Su padre le agradeció al profesor por haberle contado y se despidió de Giuseppe con un abrazo. Tocaba clase de inglés así que Giuseppe y fue al salón con el profesor, sus compañeros estaban esperando. Andy quería hablar con Giuseppe, pero el profesor lo detuvo y se dirigió a todo el salón.

–Atención, alumnos –empezó el profesor–. Antes de empezar con la clase de inglés, quiero decirles algo importante. Todos aquí somos distintos, pero merecemos igual respeto. No hay alguien que sea menos que otro, todos somos personas, cada uno con sus características y gustos.

Andy había entendido el mensaje. Ya no quería averiguar qué significaba lo que le decían a Raúl, quería ser su amigo y jugar con él. En el recreo, si bien hoy se le veía más tranquilo, se le seguía notando triste. Esta vez, Andy decidió acercarse y hablarle.

–Hola, Raúl –dijo Andy–. ¿Quieres jugar a las canicas conmigo? Tengo una botella llena de canicas.

–Hola, Andy –respondió Raúl–. Sí, me gustaría.

Entonces Andy sacó unas cuantas canicas de su botella y las repartió con Raúl. Con cinco cada uno, se situaron al costado de una pared y empezaron a jugar. Empezaron a reírse mientras jugaban, se estaban divirtiendo. Raúl estaba feliz, al fin sentía que encajaba en su nueva escuela. Pero la felicidad se convirtió en preocupación cuando vio a Giuseppe, estaba caminando en su dirección para hablar con él. Raúl se asustó.

–Hola, Raúl –dijo Giuseppe con una voz triste–. Disculpa por haberte tratado mal. Lo que hice no estuvo bien, no quise hacerte sentir mal. Lo siento ¿crees que podemos ser amigos? –preguntó mientras extendió su puño.

–Está bien –respondió Raúl mientras le chocaba el puño–. Te disculpo

Raúl no era rencoroso. Como todo niño, él solo quería ser feliz, sentirse aceptado y tener amigos en su nuevo colegio. En su corazón no había malicia, siempre se caracterizó por ser un niño bueno, reservado y tímido. En ese momento, Andy intervino.

–¿Quieres jugar a las canicas con nosotros? –le preguntó a Giuseppe.

–Sí, juega con nosotros –dijo Raúl–. Estoy de acuerdo con la idea de Andy.

–Sí quiero –respondió Giuseppe–. Gracias, chicos.

Y los tres empezaron a jugar juntos. Se estaban divirtiendo sanamente y poco a poco se sumaron más compañeros suyos. Pasó el tiempo y se les hizo costumbre estar juntos. Andy, Giuseppe y Raúl forjaron una amistad muy sólida a lo largo de los años, pasando juntos por la primaria, la secundaria y la universidad. Hoy en día son mejores amigos y se siguen frecuentando.